
Meditación sobre el Martirio

*Carlos Ignacio González, S.J.**

El jueves 16 de noviembre de 1989 la noticia de que seis jesuitas habían sido masacrados en la Universidad de El Salvador, hizo en pocos minutos el giro del mundo. Muy conocidas son las diversas reacciones públicas al criminal evento, como las expresiones de consternación, protesta, condena del cobarde asesinato, y de solidaridad con la Compañía de Jesús y en particular con la Provincia Centroamericana. Menos conocidas son otras, como el inmediato ofrecimiento de innumerables jesuitas al Padre General para sustituir en la obra a sus hermanos caídos.

Más serenos los ánimos, podemos mirar lo sucedido todavía con estupor de que tales actos de barbarie sean posibles aún en el siglo XX y en el seno de un pueblo que se dice cristiano; pero también con un profundo respeto ante el misterio, de modo que la muerte de nuestros hermanos sirva no sólo como semilla del cristianismo en

su país (lo es la sangre de todos los mártires), sino también se convierta en un continuo ministerio de servicio a toda la Iglesia. Porque el martirio es un ministerio eclesial, tan necesario para la existencia de la comunidad cristiana como lo es la santidad o la jerarquía. El martirio es una vocación envuelta en el misterio, como todas aquellas a que el Señor invita a sus elegidos para servir a sus hermanos. Si luego el Señor quiere también elegir a los cristianos martirizados para que continúen su servicio al Pueblo de Dios mediante la declaración oficial de su martirio por parte de la Iglesia Universal, nos lo dará a conocer a su tiempo él mismo en su providencia. Pero de hecho ya hoy la muerte violenta que han sufrido en testimonio de su fe, es en sí misma una invitación para que profundicemos en el significado de una vocación tan misteriosa.

Y digo misteriosa porque está hundida en el misterio, y no se deja atrapar en nuestros

*Profesor de Teología de la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma)

esquemas mentales. Por eso no presento estas líneas como una “teología”; mucho menos como una “tesis sobre el martirio”; sino como una puerta abierta para adentrarnos en su profundidad meditando el arcano.

Gabriel Marcel distinguía entre *misterio* y *problema*. Este último es algo “arrojado delante” (del griego *pro-blema*, del latín *ob-jectum*, “objeto”), que estando distante de nosotros podemos separar en elementos para analizarlo y discurrir sobre sus contenidos. El misterio, en cambio, es una realidad que envuelve toda nuestra existencia, inseparable de nosotros mismos. Por eso no podemos “arrojarlo delante” ni analizarlo ni convertirlo en objeto de disputa, porque el hecho mismo de actuar así lo destruiría al arrebatarle todo su sentido arcano.

El martirio es un misterio. Absurdo en sí, repugnante, condenable, injusto, añade a la insondable debilidad del hombre que se revela en la muerte, el abismo aún más profundo de la corrupción humana de quien lo perpetra. Y por eso no es posible teorizarlo, porque escapa a todos nuestros parámetros. Sólo podemos valorarlo en función de la grandeza de salvación para la humanidad, por lo que significa, de parte de quien lo sufre, el testimonio de amor hasta la muerte. Y como todo signo de amor, si lo analizásemos o separásemos en partes y aspectos, en premisas y conclusiones, lo destruiríamos como signo para convertirlo a lo más en un concepto sobre el cual construir teorías como diseños de castillos programados en el escritorio. Sobre las ideas se discute, sobre los signos es imposible: o se les acepta al acoger cuanto significan, o se les rechaza

voluntariamente (y acaso de manera irresponsable).

El martirio es un misterio. No tiene ningún sentido por sí mismo. Como la cruz de Cristo, no es sino una repugnante herramienta de tortura. Ni de por sí se puede llamar un instrumento de salvación, porque junto con Cristo dos ladrones fueron ajusticiados y no los reconocemos como nuestros liberadores. En cambio sí confesamos tal a Cristo. La cruz no puede ser discutida, porque ya desde el ponernos la cuestión hemos pronunciado el juicio: ella no es sino un artificio de asesinato sin algún sentido: no nos queda, pues, sino o aceptar o rechazar el testimonio que desde ella el Cristo crucificado arroja a nuestros ojos. He aquí por qué la cruz no es “sabiduría griega” (1 Cor 1, 17), sino necedad, que sin embargo para quienes creen en el amor de Cristo hasta la muerte, de lo que la cruz es signo, se convierte en sabiduría suprema. Si la cruz fuese un problema, “ciencia” o “sabiduría de los helenos” (para usar los vocablos de los Padres de la Iglesia), entonces sería para nosotros un objeto de discusión, no de fe y decisión que dé sentido a la existencia.

He aquí por qué, ante el brutal panorama de nuestros hermanos masacrados en la Universidad de El Salvador (y no por acaso, sino por aquello de lo que ellos daban testimonio), me parece imposible una “investigación” o un estudio “objetivo” sobre el significado teórico del martirio. El evento se convierte en una invitación para penetrar meditativamente y de puntillas en el misterio de una muerte vivida y experimentada como testimonio de aquello en lo que las víctimas han creído. Porque *martyrion* en griego

sencillamente significa *testimonio*. El *mártir* no es ni más ni menos que el *testigo*. Toda la cuestión radica entonces en saber leer en el signo aquello que dicha muerte testifica, para tomar una decisión delante de su presencia que inevitablemente se nos impone, aun cuando inútilmente pretendiésemos hacernos sordos y ciegos voluntarios: porque nuestros seis hermanos y masacrados (así como el obispo Monseñor Romero, varios otros presbíteros y religiosas, y cientos de cristianos sin nombre) están ya para siempre insertos en la historia y están de pie ante nuestros ojos como un hecho brutal incancelable.

¿Pero quién puede hablar de un misterio vital que escapa a todos nuestros parámetros mentales? Sólo quien lo ha vivido. Por eso, para poder meditar sobre su arcano, me he tenido que decidir a no hablar por mí mismo (que en este punto carezco de toda experiencia), sino a sentarme al lado de quienes leyeren estas páginas a los pies de un maestro (como hacían los discípulos en los primeros siglos de nuestra era para escuchar a su preceptor) que no puede ser sino quien lo hubiese cargado sobre sí como una marca al fuego en la piel de su propia existencia.

He elegido como director de esta meditación a San Atanasio. Nos maravillará sin duda observar los puntos de contacto con el hoy, que parecen haber olvidado la distancia de 16 siglos que separan de nuestro tiempo los eventos que nos narra. Al leer los testimonios del Padre de la Iglesia nos parece escuchar ciertas predicaciones de Monseñor Romero. Cuando leemos en el obispo alejandrino cómo el emperador arriano

(sin comprometerse él mismo) envió al general Siriano para que “por su cuenta” solicitase al pastor abandonar su sede “para evitar mayores riesgos”, brinca espontánea a la mente la solicitud del oficial de El Salvador al Papa (tras la masacre de los seis jesuitas) que para no exponerse a los mismos riesgos mandase al arzobispo retirarse.

Conocemos a San Atanasio como un gran teólogo (Atanasio el Grande, lo llaman nuestros hermanos orientales). Una figura muy discutida como todas aquellas que nos lastiman porque son como una espina perenne a la conciencia humana. Sobre todo un cierto racionalismo que anhela liberarse de su acicate lo pone constantemente en discusión presentando su figura como la de un teólogo grande pero deficiente por ejemplo respecto a la humanidad del Señor (piénsese por ejemplo en la interminable disputa sobre la hipótesis de que Atanasio no habría dado importancia efectiva al alma de Cristo). O lo que es peor, reduciéndola a la de un político intrigante (de no menos culpa se acusó a Monseñor Romero, tal vez porque como hombres demasiado comunes somos cortos para digerir a los grandes hasta la muerte por testimoniar la fe con el precio de la propia vida; o quizás porque incapaces de vivir su experiencia sublime, nuestra mediocridad busque refugio en las consabidas explicaciones “lógicas” que nos den al menos la satisfacción de sentirnos hombres de ciencia por haber logrado catalogar el fenómeno dentro de las categorías de los hombres comunes). Nos ha faltado contemplar con respeto un aspecto vital de su existencia, sin el cual él no sería ni San Atanasio ni el obispo de su bien amada

Aleandría en un tiempo y en un espacio histórico marcados por la persecución arriana, ni el campeón de Nicea en el momento combatiente de un rechazo sin tregua a la fe en Cristo como Hijo y Dios en todo igual al Padre.

Y sin embargo Atanasio vivió casi haciendo del martirio un hábito. De pequeño fue testigo de muchos *testigos* de Cristo en su ciudad natal de Alejandría. En 311 era un adolescente de 16 años cuando su obispo, el venerado Pedro, fue masacrado durante la última de las persecuciones imperiales. Elegido obispo a los 33 años (en 328), sufrió 5 veces el destierro por su fidelidad a la fe de Nicea (aunque naturalmente se travistió la verdadera causa bajo disfraces diversos),(1) de modo que gastó 17 años de los 45 de su ministerio episcopal fuera, por la fuerza, de su sede. Y entretanto se debió habituar a ser el pastor de una Iglesia que era (según hoy la llamamos) patriarcal y primacial del Oriente, durante años perseguida por los sectarios seguidores de Arrio (¡ entre ellos tantos obispos!) que de su parte contaban con el poder del emperador arriano. Así tuvo que ver exiliados, en la cárcel, atormentados y con frecuencia asesinados a varios obispos, presbíteros, diáconos,

vírgenes consagradas, y a muchos laicos entre aquellos a quienes el Señor le había confiado para que como pastor los condujese. Leyendo varias de sus obras he descubierto que aquí y allá habla como de paso del martirio. Pero lo hace con la connaturalidad de un hombre que ha hecho de este misterio la atmósfera familiar de su existencia.

He aquí por qué lo he elegido como un maestro espiritual que nos guiase ofreciéndonos los puntos para esta meditación que de otra manera me sería imposible hacer, como extraño a esta experiencia. Creo que si quisiésemos “estudiar” analizando, discutiendo, racionalizando los elementos que Atanasio nos ha heredado, como si fuesen “ideas”, nos cerraríamos automáticamente a la posibilidad de comprenderlo. Por eso quiero sencillamente escuchar a un *testigo* de primera mano, tratando de intuir el misterio de su *testimonio*.

1.- HECHOS DE CRONICA

Atanasio con frecuencia describe los hechos que día tras día despuntan en su Iglesia. Sin embargo jamás lo hace como un periodista que anotate los sucesos con

(1) Es curioso que Atanasio, en una obra a la que regresaremos, *Apologia ad Constantium Imperatorem* 19: PG. 25, 620 proteste valientemente al emperador arriano por haberlo desterrado a Italia simulando que le hacía un favor al responderle otorgándole el permiso que éste le habría pedido mediante una carta falsificada que se le atribuía, de salir de Alejandría para que los asuntos eclesiásticos pudiesen arreglarse. El obispo cortésmente (quizás con ironía) le agradece que le hubiese garantizado un viaje seguro, e insinúa la sospecha a favor del emperador de que éste hubiese creído legítima la carta. Pero como veremos adelante, Atanasio no se ilusiona demasiado.

el interés morboso de la crónica negra. Sus narraciones se entrecruzan siempre en el contexto del testimonio de una fe viviente. De ordinario para ofrecer a los destinatarios un prototipo de coraje y de lealtad a la propia fe, porque el obispo de Alejandría descubre en el martirio el más precioso signo del valor de la vida cristiana. En ocasiones también lo hace con la voz enérgica del pastor que siente cargar sobre sus espaldas la responsabilidad de protestar ante las autoridades por las injusticias cometidas contra su pueblo. He aquí algunas crónicas por vía de ejemplo:

Escribe a los monjes egipcios del desierto acerca de lo que en el año 342 está sucediendo en su diócesis, bajo la persecución arriana a la que hace cabeza el emperador Constanzo:

“Aquí los obispos son flagelados o arrojados en una dura prisión. Han desterrado al obispo y confesor Sarapamón. Al obispo Potamón que había confesado su fe le han arrancado un ojo durante la persecución, y le han hecho tantas heridas en el cuello, que solamente lo han dejado cuando lo creyeron muerto. Así abandonado, tras varias horas de curarlo y de darle aire, comenzó a respirar. No obstante murió después de pocas

horas, debido al dolor de las heridas, y así obtuvo en Cristo la gloria de su iterado martirio. ¡Cuántos monjes han sido flagelados bajo el gobierno de Gregorio sostenido de Balesio! ¡Cuántos obispos heridos a muerte! ¡Cuántas vírgenes azotadas!” (2). Poco más adelante en la misma obra, con escuetas palabras denuncia que el subdiácono Eutiquio ha sido torturado y después condenado a trabajos forzados. en las minas, “pero él, no habiendo andado mucho todavía, no pudo resistir el dolor de las heridas y murió en el camino. Sin embargo cuando murió se le veía contento por haber conseguido la gloria del martirio”(3).

Tras el segundo exilio, desde el 347 Atanasio había logrado guiar su grey un poco en paz, porque el Papa Julio y el emperador de Occidente Constante habían mediado ante Constanzo emperador de Oriente. Incluso éste, tras la muerte de su hermano, le había enviado una carta en la cual le garantizaba que podía seguir ejercitando su misión en paz y libremente, pues comprendía que las acusaciones que se le presentaban contra Atanasio eran calumniosas (4). Pero muy pronto el monarca arriano se sintió de nuevo con las manos libres de los compromisos con el Occidente, y en cambio asediado sin cesar

(2). S. ATANASIO, *Historia Arianorum ad Monachos* 12: PG 25, 708. Escrito en el año 356/7, narra en este punto sucesos anteriores, del 342.

(3). *Ibid.* 60, col. 765.

(4). Se encuentra en S. ATANASIO, *Apol. ad Constantium Imp.* 23: PG 25, 624.

por los arrianos. Los obispos sectarios ejercitaban sobre él una presión enorme. No atreviéndose éste a intervenir directamente, envió al general Siriano varias veces donde Atanasio para convencerlo de que dejase su sede por propia cuenta, para evitar así tantos riesgos posibles. El 5 de enero del 356 trató de forzar al obispo a que de inmediato se alejase de Alejandría, mas éste le exigió que le entregase una orden por escrito del emperador, el cual le había empeñado su palabra de que podía ejercitar en paz su ministerio. Se lo echa en cara el mismo Atanasio al emperador en la carta respetuosa pero valiente y firme que le escribió en seguida desde el destierro. Le cuenta cómo al llegar Siriano a la ciudad, los arrianos corrieron la voz de que venía con órdenes escritas de Constanzo:

“Confieso que le pedí las cartas con tus órdenes. Y como me dijo que no las tenía, le exigí a Siriano que o él mismo, o Máximo el prefecto de Egipto, me diesen la orden por escrito. Y lo hice porque tu bondad me había escrito que no debía turbarme ni hacer caso de quienes quisieren aterrorizarme; sino que permaneciese en mi Iglesia sin preocupación ni miedo”.(5) Sin embargo durante la noche del 8 al 9 de febrero Atanasio debió huir de Alejandría al tercer destierro (¡todavía 6 años fuera de su sede!). Durante una liturgia en la Iglesia llamada de Teonás, que el obispo presidía, el general se presentó con una chusma de soldados. He aquí la narración del mismo Atanasio, que servirá para ulteriores pasos en esta meditación: Era noche avanzada y algunos del pueblo estaban vigilantes, esperando la siguiente

ceremonia religiosa. Entonces el general Siriano irrumpió de pronto con más de 5000 soldados armados con espadas en la mano, con arcos, y provistos de dardos y látigos. Puso a los soldados en torno a la Iglesia para que ninguno pudiese salir y evadirlos. Yo, considerando insensato abandonar el pueblo en medio de una tal confusión, sin correr el mismo riesgo que ellos, y estando sentado en el trono, pedí al diácono que leyese un salmo y que el pueblo respondiese: ‘Porque es eterna su misericordia’, y que todos saliesen y tornasen a casa. Pero el general invadió el templo y los soldados asediaron el santuario para aprehendernos, todo el clero y el pueblo que estaba ahí presente empezaron a gritar y a obsecrarme que escapase. Yo en cambio me negué a salir antes de que todos y cada uno hubiesen salido. Entonces, poniéndome en pie y teniendo ante mí como única defensa la oración, comencé a suplicar fervorosamente a todos que se alejasen, porque bastaba que yo hiciese frente al peligro en lugar de poner en riesgo a alguno del pueblo. Muchos lograron salir, y otros los seguían. Entonces los monjes y los clérigos que estaban con nosotros subieron al presbiterio y me arrastraron, de modo que, y doy testimonio de la verdad, aun estando los soldados ahí alrededor del santuario, mientras otros asediaban la Iglesia, guiándonos el Señor logramos atravesar entre ellos y escondiéndonos escapamos. Damos gloria a Dios porque no hemos entregado al pueblo, sino habiéndolo puesto a salvo, hemos logrado librarnos de las manos de quienes nos buscaban”. (6)

(5). S. ATANASIO, *Apologia ad Constantium Imp.*, 22: PG 25, 624.

(6). S. ATANASIO, *Apologia de Fuga sua* 24: PG 25, 673-676.

En la apología que escribe al emperador desde su escondite en el desierto, el obispo testimonia que sus acusadores han usado toda suerte de calumnias, y de manera cortés le indica cómo no puede creer que los esbirros hubiesen actuado por orden imperial, ya que Atanasio por una parte contaba con la palabra por escrito del emperador, y por otra le era inconcebible que éste actuase dando oídos a los detractores y sin escuchar la defensa. Pero entre líneas se advierte que el obispo no se hace ilusiones. Sabe que Constanzo está dando órdenes abiertamente con la mano derecha, y escondidamente lanzando las contraórdenes con la izquierda.(7).

De hecho en medio del silencio imperial su destierro duró seis años todavía. Pero además poco después en la misma carta le expresa su consternación porque, saliendo ya para el destierro, le llegó el rumor de que también habían exilado de su sede al obispo de Roma Liberio, a Osio de Córdoba, a Paulino de las Galias, etc., además de muchos presbíteros y diáconos (evidentemente no pueden suceder tantas cosas a lo largo y ancho de todo el imperio, en la inocente ignorancia del mandatario). Atanasio simplemente le manifiesta su estupor. ¿Pero podía creer que todo esto y

lo que sigue sucediese sin que el emperador lo autorizase?:

“Cuando estábamos aún perplejos y por tal motivo dudásemos, he aquí que nos llegó otra noticia: que los obispos de Egipto y Libia, unos 90 en total, eran perseguidos, sus Iglesias entregadas a los sectarios de Arrio, 16 obispos enviados al destierro, otros habían escapado o se habían visto constreñidos a simular. Y narraban que fue tan grande la persecución, que cuando los hermanos de Alejandría se reunieron a orar en un lugar desierto junto al cementerio, durante la celebración pascual del domingo, un general con más de tres mil soldados que llevaban armas, espadas desenvainadas y lanzas, se echó con gran fuerza sobre los cristianos. Y esto lo hicieron contra mujeres y niños que no habían cometido otro delito que estar orando a Dios. Tal vez ni siquiera debería yo estar describiendo estas cosas, para que no nos hiciese llorar a todos tan sólo su recuerdo. Y fue tan grande la inhumanidad de aquéllos, que desnudaron a las vírgenes, ni siquiera echaron luego a la sepultura los cuerpos de aquéllos que habían muerto plagados de heridas, sino que los echaron afuera a los perros hasta que los familiares, haciendo frente al

(7). En S. ATANASIO, *Apologia ad Constantium Imp.* 30: PG 25, 632- 636, reproduce un documento que andaba girando en Alejandría, y que servía de justificación legal para la persecución de Atanasio y de sus fieles. Corría como firmado del emperador, y el obispo se lo reproduce en la carta que le dirige, indicando que no puede creer sea legítimo ya que Constanzo se dice un emperador temeroso de Dios; sin embargo en el documento se calumnia al obispo, mientras se exalta por sus excelsas virtudes al obispo arriano Jorge al que se había impuesto por la fuerza en lugar de Atanasio. En cambio ordena que a éste y a sus seguidores se les asesine: ¿Cómo puede ser creíble que provenga de un emperador justo una carta que contraría el mandamiento del Señor: “No matarás”? (En su cortés “no es creíble que” se siente el enérgico tono de protesta de Atanasio, que envía al emperador copia de este documento, como para que éste no pueda alegar que “no sabía”).

enorme peligro, se atrevieron en secreto a arrebatarles los cadáveres. En seguida hicieron todo cuanto estaba en su mano para que nadie se enterase de todo lo sucedido”. (8)

En la misma carta protesta ante la autoridad suprema del imperio por la irrupción de los soldados guiados por el general Siriano en la iglesia de Alejandría durante la ceremonia religiosa, cuando él tuvo que huir impulsado por sus presbíteros y monjes. Y también por la crueldad con que los arrianos han seguido la persecución, cebándose en las vírgenes consagradas (hoy las llamaríamos religiosas), a muchas de las cuales, arrojadas a los *hermetarios* (“celdas cerradas”) las habían desnudado, colgado y arrancado las carnes de los costados. (9)

2.- QUE ES EL MARTIRIO

En su obra de juventud *Sobre la Encarnación del Verbo* (se le atribuye de ordinario una fecha cercana al 318, cuando Atanasio tenía 23 años), aún

recuerda con viveza la muerte violenta de su obispo, acaecida siete años antes.(10). Y reflexiona sobre el martirio como signo de la fe verdadera que da valor a la existencia humana:

“Nuestros discursos no consisten sólo en palabras; sino la experiencia misma se convierte en testimonio (*martyría*) de la verdad. Quien lo quisiese acérquese a contemplar los signos de la virtud, en Cristo, de tantas jóvenes vírgenes y de tantos adolescentes que profesan el testimonio de su continencia, así como la inmortalidad de la que es testigo el gran coro de los mártires”.(11)

Motivo de la persecución. En la época de Atanasio los perseguidores no son ya los emperadores paganos poderosos de este mundo; sino quienes diciéndose cristianos no eran sino fanáticos de sus ideologías arrianas que adulaban al emperador, el cual por su parte les daba todo el apoyo para imponer a la Iglesia, mediante la fuerza, su interpretación de la doctrina. Atanasio los acusa de politicantes interesados en el poder religioso que por eso entran en connivencia con el poder

(8). *Ibid.* 27, col. 629.

(9.) *Ibid.* 33, col. 640.

(10). Todavía lo tiene ante los ojos muchos años después en una de sus obras de madurez contra los arrianos, y usa el argumento del “testimonio” (martirio) de su obispo hasta la muerte, como un argumento de la legitimidad de su fe. En cambio sería una fe ilegítima la del obispo Melecio y la de aquellos que formaron su secta (Arrio entre ellos) porque mientras Pedro daba con su vida una prueba de la verdad, Melecio lo calumniaba con toda suerte de mentiras.

(11) .S. ATANASIO, *De Incarnatione Verbi* 48: PG 25, 181.

del Estado. Pero con la persecución no han logrado de los fieles sino reacciones exactamente opuestas a sus expectativas:

“Esperaban mediante el terror y las amenazas poder inducir a la gente a abrazar su herejía y a aliarse con ellos. Pero se han ganado lo opuesto precisamente; porque aquéllos a los cuales hacían sufrir, se sometían al dolor como a un martirio, y ni traicionaban ni renegaban de su piedad en Cristo. Y aquéllos que miraban todo esto, incluso los paganos, los juzgaban anticristos y carniceros; porque (los alejandrinos) son un pueblo lleno de compasión y amante de los pobres”. (12)

Tipos de martirio. Hoy con frecuencia tenemos una idea imaginaria del mártir. Tal vez nuestra fantasía nos haya acostumbrado a identificarlo con un cristiano echado a los leones porque se ha rehusado a adorar a un Dios pagano. En cambio el martirio es *el testimonio de la fe* con toda la propia existencia, si fuese necesario hasta la muerte. Pero ésta última, como aprendemos de Atanasio, es una vocación particular a la cual el Señor llama a aquél que quiere, en testimonio público para la Iglesia. Muchos son mártires en su conciencia, desconocidos para los demás, y por un motivo menos aparatoso, pero no menos verdadero. Así

el Patriarca de Alejandría invita a los obispos a dar testimonio de fidelidad a la doctrina de la Iglesia profesada en el Concilio de Nicea, aun cuando en ese momento fuese agredida y muy impopular en las atmósferas influyentes. Sin embargo ellos deben mantenerse firmes, convencidos de que la fe nicena es la única que puede salvar la revelación cristiana de ser arrollada por la herejía. Este es un verdadero martirio, el testimonio de fe propio de un obispo, del todo necesario para su grey aunque escondido desde el punto de vista de la apariencia; más aún en ese momento dicha fe era despreciada por los ambientes que mantenían el monopolio del poder y de la ciencia, pero continuaba sostenida por los creyentes pequeños:

“Os suplico, tomad en vuestra mano la fe que nuestros Padres han confesado en Nicea, y defendedla con suma fortaleza. Hacedos ejemplo para todos, y mostradles cómo se debe hoy luchar por la verdad contra la herejía y contra la astucia del enemigo. Porque mártires no son solamente aquellos que se han negado a ofrecer incienso en el altar de los ídolos; sino también la fidelidad a la fe es un ilustre martirio de la conciencia. Ni han sido condenados como extraños a la fe sólo aquéllos que han adorado a los ídolos, sino también quienes han traicionado la verdad”. (13)

Una exhortación semejante pronuncia

(12). S. ATANASIO, *Historia Arianorum* 62: PG 25, 768

(13). S. ATANASIO, *Ep. ad Episcopos Aegypti et Libyae* 21: PG 25, 588. Es una carta de exhortación y aliento a los obispos que están bajo su jurisdicción, para que no se dejen envolver de los arrianos que quieren imponer en sus diócesis nordafricanas, bajo amenazas y con el apoyo imperial, un credo arriano en sustitución del de Nicea.

Atanasio cuando, excomulgado y depuesto de su sede por un sínodo arriano (Tiro 335) y posteriormente enviado al exilio, fue rehabilitado en el occidente por el sínodo de Sardes (343) al que los obispos arrianos se rehusaron a participar precisamente por la presencia de Atanasio. En cambio continuaron acusándolo en el oriente, porque tras la persecución contra él se escondía el rechazo de la doctrina que él defendía encarnadamente. Los arrianos pretendían imponer en la Iglesia un nuevo credo como símbolo de la fe que legitimase su herejía:

“Os exhorto y encarezco, hermanos carísimos, a conservar sobre todo la verdadera fe de la Iglesia Católica. Sé que habéis sufrido tantas cosas graves y atroces, tantos insultos e injusticias, pero ‘quien perseverare hasta el fin será salvo’ (Mt 10, 22). Por eso, si ahora se echan contra vosotros, que esta tribulación sea para vosotros un motivo de gozo; porque tales aflicciones son parte del martirio, y esta confesión y vuestros tormentos no quedarán sin recompensa... De parte nuestra no hemos callado, no hemos descuidado nada de cuanto podía conducir a vuestra seguridad: pero nos hemos preocupado de actuar, y aún lo hacemos, conforme a las exigencias de la caridad; porque sufrimos tomando el puesto de nuestros hermanos afligidos, y hacemos nuestros sus sufrimientos”. (14).

3.- LOS MOTIVOS TEOLOGICOS DEL MARTIRIO.

No es que Atanasio haya escrito una “teología del martirio” y mucho menos en forma sistemática. Pero aquí y allá encontramos reflexiones como dejadas caer de paso acerca de este tema, que de algún modo pueden servirnos para la meditación. Como se puede esperar de un pastor comprometido con toda su existencia en defender la confesión eclesial de la fe en Cristo (y Jesucristo era la pasión de su vida) también descubrimos centrados en este misterio los motivos teológicos del martirio espolvoreados en sus obras.

El mártir es un testigo de la presencia del Hijo de Dios en la carne. Los arrianos abusaban de los textos de la Escritura para justificar su herejía que tenía al Verbo de Dios como una criatura del Padre, aunque la primera y más excelente, hecha por Dios para crear por medio de ella el resto del mundo. Y así interpretaban todos los textos del Nuevo Testamento que afirman aspectos humanos de Jesús como el hambre, la sed, el sufrimiento, la ignorancia y la muerte, como pruebas de que el Hijo de Dios no es igual al Dios eterno, impasible e inmutable. Atanasio los ataca con muchos argumentos, y entre otros con lo que significa el testimonio de los mártires. Una de las pruebas con que

(14). S. ATANASIO, *Apologia contra Arianos* 38: PG 25, 316.

los arrianos pretendían comprobar su doctrina era que Jesús había gritado desde la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15, 34), lo que según ellos significaría que el Hijo no es más que una criatura. Atanasio responde:

“Era tan grande la confianza y el coraje de los mártires de Cristo, que pensaban en el martirio como si fuese una emigración hacia la vida, más que como el sufrimiento de la muerte. ¿No sería absurdo admirar la firmeza de estos siervos del Verbo y al mismo tiempo atribuir el miedo al Verbo mismo por el cual ellos podían despreciar la muerte? Sea pues claro por la invicta grandeza del ánimo de los mártires, que no podemos atribuir el miedo al Verbo, porque él es aquél que ha vencido nuestros miedos. Porque así como con su muerte ha vencido nuestra muerte, así mediante sus acciones humanas ha curado cuanto hay de humano en nosotros. De igual manera con su miedo ha vencido el nuestro, e hizo que los hombres no debiésemos temer ya la muerte. El al mismo tiempo decía y actuaba. Así como eran propias de su naturaleza humana las palabras: ‘Se aparte de mí este cáliz’, y ‘¿Por qué me has abandonado?’, así divinamente hacía que el sol se oscureciese y los muertos resucitasen. Si como hombre decía: ‘Ahora mi alma está turbada’ (Jn. 12, 27) como Dios decía: ‘Tengo el poder de dar mi alma y de volverla a tomar’ (Jn. 10,18). La turbación es propia de la carne, el dar la propia alma y volverla a tomar no es propio del hombre, sino del poder del Verbo”. (15)

Un argumento que los arrianos llevaban siempre en punta de lanza era que Pablo llama a Cristo ‘imagen del Padre’: pero también nosotros, decían, somos imágenes de Dios. Por eso Cristo sería la más elevada de todas las criaturas. Atanasio les responde con la Escritura en la mano, que sólo del Verbo se dice que sea la imagen perfecta del Padre. Nosotros somos imágenes de Dios, porque reflejamos distintos aspectos de aquella única imagen. Ningún hombre es un reflejo total. En nuestra pequeñez somos imagen ora de este, ora de aquel detalle del Verbo. En esta bella panorámica de toda la creación, también los mártires encuentran su puesto glorioso, escogidos para devenir la imagen del Verbo en un particular aspecto. Así Atanasio contempla a los mártires con una desconcertante naturalidad, como a miembros de la Iglesia elegidos para una misión semejante a las de los otros llamados:

“¿Por qué existiendo tantos seres semejantes al Padre, sólo el Hijo es su imagen? Porque entre los hombres hay muchos que asemejan al Padre como los mártires, y antes aún los apóstoles, los patriarcas y los profetas... Pero ninguno de ellos es el Verbo o la Sabiduría o el Hijo Unigénito, ni alguno se ha atrevido jamás a decir: ‘El Padre y yo somos uno’ (Jn. 10, 30), o bien ‘Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí’ (Jn. 14,10)... Sólo de él se afirma que es la imagen verdadera y natural del Padre. Porque aunque tantos hemos sido hechos conforme a la imagen

(15). S. ATANASIO, *Oratio contra Arianos* III, 57: PG 26, 444.

de Dios, y hemos sido llamados imágenes y gloria de Dios (1 Cor 11,7), sin embargo no hemos conseguido este nombre por nosotros mismos, sino porque en nosotros reside aquél que es la verdadera imagen y gloria de Dios, esto es su Verbo que por nosotros se ha hecho carne”. (16)

Pero si los mártires tienen este ministerio incrustado en la totalidad de la misión de la Iglesia, como todas las otras vocaciones la suya tiene algo de específico que la hace necesaria para la armonía de todo el Cuerpo de Cristo: estos son los testigos privilegiados de lo que la muerte y resurrección del Señor significa como esperanza para el mundo. El valor y la firmeza de esta esperanza se expresan mediante un signo: el coraje y el gozo de los mártires:

“El hombre teme naturalmente la muerte y la disolución del cuerpo; pero es una cosa admirable mirar a los que se han revestido con el hábito de la cruz, despreciar lo que es natural y por Cristo ya no tener miedo a la muerte... Y así, si después de cosas tan grandes, después de que muchos han sufrido por Cristo el martirio, y después de que tantos atletas de Cristo han despreciado la muerte, si alguno, digo, todavía no creyese después de todo esto, entonces podríamos dudar de que la muerte haya sido vencida y de que

su poder se haya terminado. Pero si alguno contempla con admiración cosas tan grandes... Incluso muchos que antes renegaban o se reían de nuestra fe, una vez convertidos a la fe han despreciado la muerte en forma tal que también ellos han llegado a ser mártires de Cristo”. (17)

¿Por qué la Iglesia necesita mártires? En la Vida de San Antonio, una obra de trazado más bien espiritual, Atanasio reflexiona sobre este punto. (18) Y admite con Pablo que nuestra fe no puede fundarse en la “sabiduría de los griegos” (1 Cor 1, 17), sino sobre la fuerza de la cruz de Cristo. Entonces, mientras los paganos y los sectarios sueñan con aniquilar la fe en la cruz persiguiendo y matando a los creyentes, la fe en cambio crece porque los mártires con su propia vida testimonian que la cruz de Cristo es el verdadero camino a la resurrección, única que puede dar sentido a nuestra existencia. Dicho testimonio convence de cuánto sea vacía la infidelidad, y de cuánto sea necia la sabiduría del mundo.

4.- LA APOLOGIA POR SU FUGA.

Y sin embargo queda un hecho muy difícil de explicar en términos lógicos y con criterios humanos. Porque desde el

(16). *Ibid.* III, 10: PG 26, 341-344.

(17). S. ATANASIO, *De Incarnatione Verbi* 28: PG 25, 144-145.

(18). Cf. S. ATANASIO, *Vita sancti Antonii* 78-79: PG 26, 952-953.

punto de vista natural admiramos el coraje, el desprecio de la muerte, etc. Y sin embargo para Atanasio éstos son solamente signos. El verdadero misterio se nos escapa a otro escondite: es la vocación por la que Dios llama a un fiel para que rinda testimonio de su fe mediante la muerte, y esta elección sólo proviene del Padre. El mártir no puede ser ni un temerario, ni un retador, ni un imprudente, ni un suicida. (19) No se busca de por sí la muerte, sino el servicio de sus hermanos en la Iglesia, *aun cuando este servicio en plena fidelidad lo condujese hasta la muerte.*

Los obispos arrianos Leoncio de Antioquía, Narciso de Nerónides y Jorge de Laodicea, enemigos de Atanasio, primero trataron mediante las amenazas del poder imperial y usando como instrumento al general Siriano, de convencerlo de que abandonase su sede alejandrina. Y habiendo él decidido permanecer en ella no obstante los riesgos, lo acusaban de ser un testarudo. Tras el incidente cuya narración hemos transcrito arriba, los mismos enemigos abusaron de los sentimientos naturales del pueblo llamando al obispo “cobarde”, “desertor de su sede”, etc., para tratar de convencer

a sus fieles de que abandonasen a Atanasio para convertirse a la fe sectaria. No habiendo logrado meter al obispo en prisión para enviarlo de nuevo al destierro o aun a la muerte, se aprovechaban de que había huído de su catedral vestido de simple monje, para acusarlo de traidor a su rebaño.

Atanasio escribió la *Apología de su Fuga* durante el tercer destierro en el desierto. Responde a sus detractores con el evangelio en la mano. Contraaccusa a sus enemigos de pretender primero arrancarlo por la fuerza de su diócesis para que no pudiese guiar a su ovejas. Ahora que se encuentra en el desierto son los mismos que intentan, acusándolo de que no se encuentra en su sede, destruir su imagen para dominar la fe de su pueblo. Atanasio les pregunta: ¿quiénes son los verdaderos deshonestos, los perseguidos o sus perseguidores?

“Estos no entienden que calumniando a los demás, ellos mismos echan sobre su propia cabeza la condena. ¿Por qué, si juzgan la fuga una vergüenza, no tienen por una mayor vergüenza perseguir a una persona para obligarla a huir? Quien escapa lo hace para liberarse de la muerte.

19. Así por ejemplo S. ATANASIO, *Apol. ad Constantium Imp.* 32: PG 25, 637, dice que el mártir no tiene derecho de provocar a quienes intentan matarlo; sino que según el evangelio cuando el discípulo es perseguido en un lugar debe huir a otro, “por eso cuando nos andan buscando nos escondemos, y no nos exponemos abiertamente al peligro; no vaya a ser que, al ofrecemos, más encendamos la ira de los perseguidores”. El mártir tampoco es un suicida, porque “igual crimen sería matarse por su propia mano que entregarse uno al enemigo para que lo mate”, colaborando de ambas maneras a un crimen prohibido por el Señor mediante el mandamiento: “No matarás”.

Pero quien lo persigue lo hace para asesinar. Y que sea lícito escapar de la muerte, lo atestigua la Escritura; pero quien busca a otro para matarlo, abiertamente viola la ley sagrada, más aún es éste quien ha creado la causa por la cual el otro escapa. Por tanto, si ellos acusan a quien ha huido de sus manos, más bien se avergüencen de ser ellos mismos los perseguidores” (20)

Muchos profetas del Antiguo Testamento han escapado legítimamente de la muerte y son reconocidos santos, en cambio no lo han sido sus perseguidores. Incluso el evangelio dice que los apóstoles se escondieron por miedo de que los judíos quisiesen matarlos junto con Cristo: ¿debemos reprochar a los discípulos, o más bien a aquéllos que violaban la ley divina?

Los discípulos de Jerusalén ayudaron a Pablo, perseguido por los helenistas, a huir de la ciudad, y lo llevaron a Cesarea para que partiese en una nave para Tarso. Otra vez lo ayudaron a escapar descolgándolo en una cesta desde lo alto del muro. Pero una vez llegada su hora, él mismo escribe: “En cuando a mí, he sido ya derramado en libación, y ha llegado el momento de la separación” (2 Tim 4,6).

Y después de hacer un largo recorrido

por muchos pasajes de la Escritura, deteniéndose en aquéllos en los cuales muchos llamados escaparon de la muerte para continuar la propia misión, Atanasio añade el motivo:

“Así los santos que han huído de la muerte conservaron su vida para un plan excelente: como médicos en favor de los necesitados... Y sin embargo, aun escapando de los perseguidores y escondiéndonos de aquéllos que nos buscaban para no tentar al Señor con acciones de imprudencia temeraria, es nuestro deber esperar hasta que llegue el momento elegido para nuestra muerte: es el mismo Juez quien debe decidir lo que le parezca conveniente. A nosotros nos toca estar prontos a luchar por la verdad hasta la muerte, si en el momento en que él lo decida nos capturan. Así vivieron vigilantes los beatos mártires durante las persecuciones en otros tiempos”(21)

Pero lo que decide si la fuga es valiente o cobarde es el motivo. ¡Y hay tantos que pueden ser decisivos! Por ejemplo, dice Atanasio, el mismo Señor mandó a sus discípulos: “Si os persiguen en una ciudad, huid a otra” (Mt 10., 23 y cf. Mt. 24, 15-16). José huyó a Egipto con María y el Niño para librarlo de la crueldad de

20. S. ATANASIO, *Apologia de Fuga sua* 8: PG. 25 653.

21 *Ibid.* 22, col. 672-673.

Herodes (Mt. 2, 13). Y el mismo Jesús escapó varias veces de manos de sus perseguidores (Jn. 8, 58-59; 11, 53-54; Lc. 4, 30; Mt. 14, 13), y decía que huía porque aún no había llegado su hora (Jn. 7, 4-30). Entretanto, aun escapando, tenía una misión que cumplir en favor de su pueblo. Y sin embargo cuando llegó la hora designada por el Padre, el Señor acogió la muerte ciertamente con temor, pero con espíritu filial (Mt. 26, 45) y sólo entonces su muerte pudo devenir un testimonio (*martirio*) de obediencia: por eso su obediencia hasta la muerte se convirtió para nosotros en salvación y para él en gloria (Jn. 17, 1). Llegada, pues, la hora que el Padre había decidido, Jesús ya no huyó, sino hizo frente a la muerte como una parte de su misión: “¿A quién buscáis?... ¡Yo soy!” (Jn. 18, 4-6).

Y sin embargo Atanasio no olvida que durante las persecuciones imperiales muchos cristianos movidos por el Espíritu Santo espontáneamente hacían pública profesión de fe desafiando abiertamente la tiranía de los emperadores. Este es un misterio de la inspiración del Espíritu, que no podemos sino venerar con reverencia. Esta vocación del testimonio público es un don de Dios para la Iglesia. Y no obstante la mayor parte de los mártires se escondía para seguir ayudando a sus hermanos en la fe, hasta la hora decidida por el Padre.

22. Ibid. 17, col, 665.

23. Cf. Ibid. 3, col 648.

Por qué entonces los enemigos de Atanasio lo acusan de cobarde por haber escapado, negándose a entender que él aún tenía la misión de guiar como pastor una Iglesia que ellos perseguían y martirizaban, aunque lo forzasen a cumplir su ministerio desde un escondite? El mismo Pablo hizo recurso al César (cf. Act. 25, 11). ¿Podéis pensar que lo hizo por miedo o pretendiendo huir? ¡Ni siquiera por sueño! Y Atanasio añade que es mucho más duro continuar viviendo por tantos años en aquellas circunstancias, que morir en pocos minutos:

“Porque quien muere, en un instante queda liberado de la miseria; quien huye día tras día esperando que sus enemigos lo encuentren, siente la muerte más leve de soportar que la fuga. Por eso los que mueren huyendo siempre de esta manera, no mueren sin gloria, sino también es de ellos la gloria del martirio”. (22)

Pero por qué también una tal actitud es un martirio de fe? Porque, como Atanasio mismo dice al principio de esta obra, para vivir tranquilos y aun honrados, bastaría no dar testimonio de la propia fe. Aquellos a quienes no se les acusa de huir, se encuentran muy cómodos en su casa y se les juzga gente digna de todo respeto, pero son los mismos que de un modo o de otro colaboran con los perseguidores de la Iglesia. (23)